CAPITULO XIII

EL ESCRITOR SATIRICO

En una empresa de inmigración. — En una comisión científica. — Una flor simbólica. — Arosemena y Lara. "Nuestros Partidos".

Terminadas las labores del Dr. Arosemena en el Congreso de 1853, concibe un nuevo proyecto, tan vasto y patriótico como el que antes había iniciado en Panamá para la construcción de un astillero, pero llemado como éste, y como casi todas sus empresas industriales, a fracasar poco después. Animado, en efecto, de los más puros motivos, se dirige al Congreso de su patria pidiendo una concesión cuya utilidad para el país él creía indiscutible, y con razón. Se trataba de una empresa de inmigración que él había concebido: "Juzga el infrascrito — decía después de demostrar la necesidad imperiosa de provocar la inmigración por medios adecuados y factibles — que la isla de Coiba en la Bahía de Montijo, Provincia de Veraguas, está llamada a ser un plantel de colonos industriosos, cuya misma diversidad fuera una garantía de unión perdurable a la República, porque lo sería también de igualdad de intereses con el resto de la nación. Si pues el infrascrito, que ha meditado largamente sobre este plan, obtuviese aquella isla en términos equitativos y seguros, también para el Gobierno, dentro de pocos años se vería ella poblada y esparciendo su misma población por todas las demás provincias granadinas. No pide el infrascrito una donación, aunque la grandeza de su plan podría muy bien justificarla. Pide sólo que aquella isla, cuya extensión se calcula en treinta leguas cuadradas, se le venda a plazo y condicionalmente. El infrascrito se obligaría: 1o.) A tener en Coiba dentro de tres años diez familias extranjeras dedicadas a ocupaciones rurales y 25 familias dentro de seis años; 2o.) A pagar al Gobierno 100.00 pesos en documentos de rentas sobre el tesoro, o 50.00 en dinero como precio de la isla, dentro de diez años contados desde la fecha del acto legislativo que hiciese la cesión; 3o.) A no traspasar por título alguno la propiedad de la isla a ningún gobierno ni compañía extranjera".

Empeñado en este asunto vuelve don Justo al Istmo de Panamá, y luego, en el mes de julio, a los Estados Unidos, donde esperaba encontrar apoyo para su empresa y descanso y distracciones para su espíritu al lado de sus hijos. No fue así, sin embargo, porque apenas llegó a Nueva York cayó gravemente enfermo y, cuando después de un mes empezaba a restablecer, vio con pesar atacado de un mal no menos grave a su hijo mayor.

Tenía don Justo gran admiración por la República de Washington y Lincoln y contaba ya en ella numerosas y escogidas relaciones que le brindaban la más franca acogida y la más delicada e hidalga hospitalidad. Esto contribuyó un tanto a aliviar sus amarguras y le permitió ocuparse de nuevo en la propaganda de su empresa, pero, elegido Senador por el Istmo en Noviembre de 1853, tuvo que abandonarla al fin, convencido quizá de su difícil realización.

Antes de salir a ocupar la curul que se le asignaba ahora, lo vemos emprender

una visita a Mount Vernon, campo situado a unas cuantas millas de la capital de los Estados Unidos, con el objeto de cumplir con cierta misión científica que le había confiado su gobierno ante el Teniente M. J. Maury, Superintendente del Observatorio Astronómico de la ciudad de Washington, relacionada con una invitación que se había hecho al Gobierno de Nueva Granada por el de los Estados Unidos para cooperar al establecimiento de un sistema universal y homogéneo de observaciones meteorológicas. En informe acerca de su misión, fechado en Bogotá el 24 de Febrero de 1853, decía el Dr. Arosemena al Secretario de Relaciones Exteriores:

"Al principio tratóse de un plan vasto de observaciones meteorológicas en el mar y en la tierra; pero la Inglaterra, la Rusia, los Estados Unidos y otras naciones, que ya tenían de antemano establecidos sus sistemas de observaciones terrestres, los cuales diferían entre sí, no pudieron convenirse en adoptar uno común, sino que pretendían cada cual hacer extensivo el suyo a los otros países. Los hábitos pudieron más que todo, y la idea de observaciones terrestres por un sistema uniforme quedó casi abandonada.

Circunscribióse entonces el plan general a las observaciones marítimas, que siendo comparativamente menos, podían hacerse bajo un sistema común, sin que los países interesados y deseosos de hacerlos tuviesen que desear sus métodos y sus hábitos adquiridos para adoptar los ajenos. A este punto ha quedado por consiguiente reducida la pretensión actual de los Estados Unidos, respecto de nuestra cooperación en los trabajos científicos para el adelanto de la meteorología.

Esta disminución del interés que al principio ofreció el vasto plan de observaciones terrestres y marítimas, junto con las dificultades ordinarias que acompañan a toda reunión gratuita, de hombres esparcidos por todos los países del mundo, han embarazado y retardado indefinidamente la Asamblea científica que se proyectó para el mismo fin de establecer un sistema uniforme de observaciones meteorológicas.

No obstante los hechos referidos, el Sr. Maury y los directores del Instituto Smithsonian, cuyo objeto es adelanto de aquellas ciencias, desean que en la Nueva Granada se hagan del mejor modo posible, y bajo los métodos practicados en los Estados Unidos, observaciones en nuestros puertos y en el interior del país. Al efecto pidieron al infrascrito la designación de lugares en nuestra República, y como más a propósito por su situación y por las facilidades que pueden ofrecer para semejantes tareas, el infrascrito señaló los siguientes: Riohacha, Santamarta, Cartagena, y Colón en el océano Atlántico, Panamá y Buenaventura, sobre el Pacífico, y Bogotá y Popayán en el interior".

Desde Mount Vernón dirigió el Dr. Arosemena al General J. M. Obando, Presidente de la Nueva Granada, la esquelita significativa que en seguida vamos a leer y que no fue contestada por el ciudadano Presidente, como si presintiera que iba a ser incapaz de aceptar el compromiso en que lo ponía la delicadeza de un patriota honrado y sincero. Dice así la esquila:

"Estimado General y compatriota:

Tengo el placer de incluir a Ud. una flor tomada con mi mano en el último otoño, de la guirnalda que la familia de Washington mantiene sobre la tumba de

aquel grande hombre en su modesta y deliciosa mansión de Mount Vernon. Díguese Ud. recibir y conservar este frívolo obsequio en señal de respeto al que mereció ser llamado "el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero el corazón de sus conciudadanos".

Si además Ud. procura en todos sus actos como Presidente de la Nueva Granada imitar aquel precioso modelo y obtener como él las bendiciones de la posteridad, quedarán del todo satisfechos los deseos de su afecto S.S. y amigo, Justo Arosemena".

El 19 de Diciembre de 1853 arriba don Justo al puerto de Cartagena, en viaje para Bogotá a ocupar su puesto en el Congreso.

Allá, mientras se inician las sesiones de éste, entretiene sus ocios en el periodismo, su pasión incorregible de toda la vida.

Va a revelarnos esta vez un nuevo aspecto de su talento, el aspecto ligero, amable y satírico, que es como un hálito refrescante para el espíritu preocupado con hondos y graves problemas. Considerados en su conjunto sus escritos de esta época, que vieron la luz en *El Pasatiempo*, bajo el seudónimo de "Armenio", puede decirse, en efecto, que el Dr. Arosemena sigue la tradición de Larra, a quien cita con frecuencia, y reconoce por modelo. Son artículos de costumbres, fáciles y amenos; páginas juguetonas de un cronista curioso que al correr de la pluma apunta sus observaciones y critica las costumbres, los vicios y los errores de la sociedad en que se mueve.

La influencia de la Colonia y de la educación española, la ignorancia en lo material, moral e intelectual, la superstición, la apatía y la pereza, hé aquí, en resumen, los blancos adonde él endilga sus dardos agudos y chispeantes. En este sentido tiene su obra, sin duda, una excepcional importancia, pues puede considerarse como expresión exacta y sincera de un estado social de la Nueva Granada.

Vamos a reproducir íntegro, no obstante su extensión, uno de esos artículos, el intitulado *Nuestros Partidos*, que basta para caracterizar la nueva faz de escritor con que queremos presentar al Dr. Arosemena y que revela su gran conocimiento de la política y sus hombres. Nada más exacto que este análisis químico — social, en que su autor estudia con el más incisivo talento crítico las verdaderas causas de nuestras guerras civiles y las verdaderas tendencias, carácter, procedimientos y costumbres, de los gobiernos y partidos de su tiempo.

Las principales víctimas son, como era de esperarse, los conservadores, pero con todos es siempre el observador profundo y delicado, que sabe descubrir y satirizar los lados flacos que la naturaleza humana ostenta en la política, como en los demás terrenos de su actividad. Veámoslo:

"Nuestros partidos. (Análisis)

Hoy hemos despertado con buenas disposiciones para la química, y como no pudiéramos ejercerlas sino con los cuerpos morales, proque no somos muy instruídos que digamos en los cuerpos físicos, hé aquí que nos ha ocurrido someter al análisis nuestros partidos políticos, para que desnudos de todas sus denominaciones arbitrarias y de sus falsas propensiones, queden expuestos a la luz del sol, tal como son en su esencia, y no estemos por más tiempo tratando de

engañarnos, ni de engañar a los otros.

Las cuestiones de partido, que se han llamado políticas por falta de otro nombre, han sido entre nosotros muy graves y reñidas, y lo que es peor, han ocupado miserablemente la mayor parte de nuestro tiempo, sin dejar lugar a las empresas industriales, ni a la difusión de la instrucción primaria, que son nuestras primeras necesidades.

Varias causas han producido este resultado:

1a. Nuestra raza española, ardiente, vengativa, parlera, lujuriosa y muelle, trasplantada a un país donde todo conspiraba a desenvolver su cualidades características en un grado superlativo, y donde, por desgracia, vino a mezclarse con otras dos razas que tienen sus mismas propensiones elevadas al cuadrado. Dicha causa se resume, pues, en esta palabra: raza;

2a. Nuestra religión papista, que nos ha hecho intolerantes, y que dificultándonos todo lo posible el estudio de la Biblia, no nos ha permitido conocer el verdadero espíritu del cristianismo; espíritu de paz, de mansedumbre y tolerancia, que no excluye la libertad del pensamiento, y que recomienda la obediencia a las autoridades, sin mandar el servilismo. La religión que aquí se llama católica, y que se parece tanto a la religión de Jesús, como una pulga a un elefante, enseña precisamente todo lo contrario a lo que enseña el cristianismo. Cuando la fuerza de la opinión y el exceso mismo de la iniquidad, hicieron apagar las hogueras de la inquisición, el espíritu que las había encendido no murió con ellas: se reservó manifestarse por otros medios, y en efecto, ¿quién podrá negar que el distintivo de nuestra religión papista es la intolerancia y la persecución? Sólo en naciones papistas está prohibido el culto de otras religiones aun cristianas, y este hecho sirva de ilustración del aserto, para no alargarnos refiriendo multitud de otros. Esta causa se resume en la voz: religión;

3a. Nuestra ignorancia, resultado: 1o de nuestra religión papista, que propende a mantener las tinieblas, porque, como la luciernaga no puede brillar a la luz del día; 2o. de nuestro origen; porque la España, de donde procedemos era ella misma ignorante, y desgraciadamente los indios y los africanos que se nos mezclaron, lo eran todavía más; 3o. del espíritu de la conquista; porque aquí no vinieron sino aventureros sedientos de oro, estúpidos y crueles, con el escapulario en una mano y el puñal en la otra, a despojar y oprimir a los indios y a restablecer en esta tierra virgen la más ominosa de las instituciones — la esclavitud; 3a. causa: ignorancia;

4a. Nuestra pobreza, dimanada de nuestra índole perezosa, y de nuestra falta de conocimientos industriales, y a la que no deja de contribuir el clima, haciendo innecesarias muchas cosas de las que produce el trabajo humano. Esta circunstancia ha dado nacimiento al deseo de vivir de empleos públicos, que estancan al individuo, le inutilizan para cualquier otra cosa, y le obligan por lo mismo, a adherirse a él, como ciertos insectos se pegan a un madero, le siguen arrastrados por la fatalidad de su condición, y no tienen vida ni sosiego sino con la quietud del madero y con la suavidad de las auras. Un empleado y un pretendiente, son dos enemigos natos, forzosos e irreconciliables; y un país en donde hay muchos empleados y muchos pretendientes, es por necesidad el campo de batalla de dos ejércitos que

luchan sin cesar. Todo esto viene de la pobreza.

Raza religión, ignorancia y pobreza, nos parecen causas más que suficientes para producir nuestras guerras de partido, sin que pretendamos negar que haya en cada uno de ellos hombres industriuosos, benévolos, ilustrados y aun ricos; ¿pero qué sería de los partidos si les faltasen todos los hombres que poseen cualidades opuestas? Dejarían de ser partidos, tales como lo han sido hasta ahora, y aun creemos no exagerar diciendo sin restricción ninguna: dejarían de ser partidos.

Entre las varias denominaciones con que éstos se han bautizado, sólo creemos exactas las de liberal y conservador o retrogrado. Estas explican todas nuestras tendencias políticas, y si se han multiplicado las denominaciones de una manera a veces ridícula, es porque no se ha querido reconocer un hecho muy palpable para nosotros, a saber: que los mismos individuos pertenecen de tiempo en tiempo a partidos diversos. Todos los que se hallan en un escalón más o menos alto de las gradas del gobierno ejecutivo, son natural y necesariamente conservadores. ¡Qué calumnia! ¡qué ultraje! se dirá. Pero no, no hay que alarmarse. Nosotros no ofendemos a nadie. Recuérdese que hoy somos químicos, y que el crisol y los reactivos son instrumentos tan inocentes como verídicos.

Hemos dicho que los gobernantes son natural y necesariamente conservadores, y ahora agregamos que a veces llegan aun a ser retrogradados. Pero téngase en cuenta: 1o. Que tomamos las palabras en su sentido genuino: conservador, el que quiere que las cosas se queden como están, y apenas se mueve porque vive, su emblema es la tortuga; retrogrado, el que desea volver atrás, (más o menos lejos, a la difunta de 43, a la Dictadura de Don Simón, o al paternal Gobierno del ilustre Fernando); su símbolo, el cangrejo; y liberal es el que pretende que sigamos adelante en el sentido de la libertad; la empresa de ese escudo es el ciervo; 2o. Que consideramos la profesión política de conservador o retrogrado, como natural y necesaria en los que mandan, y por lo mismo, aquí no hay nada de malos motivos, ni razón para incomodarse de ser llamado conservador o retrogrado.

Los hombres que desempeñan el Poder Ejecutivo (y hablamos de todas las épocas) incurrn casi siempre en un error. Piensan que el Poder Ejecutivo es el llamado por excelencia a gobernar; que no se puede gobernar sin fuerza; que son responsables del mal gobierno, y que por tanto, mientras más preste a la unidad de acción y al empleo de la fuerza la máquina del gobierno, mejor desempeñarán su papel. Hé aquí por qué son de muy buena fe conservadores de las instituciones actuales, cuando ellas se prestan más al empleo de aquellos medios que las instituciones proyectadas como reforma, y retrogradados hacia las instituciones viejas y derogadas cuando creen que las nuevas contrarían sus medios de gobierno. Hé aquí por qué quieren mantener ejército; hé aquí por qué desean tener el voto suspensivo a las leyes; hé aquí por qué se manifiestan solícitos de tener la facultad de nombrar y remover libremente a todos los empleados; y hé aquí por qué quieren influir hasta en las conciencias por medio del clero, nombrado y rentado por ellos en virtud de ese absurdo sistema llamado patronato. En una palabra, todo lo que tiende a robustecer el Gobierno, como ellos dicen, o sea, a aumentar y extender el poder, como nosotros decimos, es objeto de su predilección; lo aman, lo defienden como cosa propia y al defenderlo, consideran enemigos personales a los que quieren escatimar sus facultades.

“Tan fácil es (decía uno de los primeros Presidentes de los Estados Unidos) que el Poder no tienda a ensancharse más y más, como que un amante se contente con los primeros favores de su querida”, y en esta comparación un poco liberal, expresó brevemente un gran fenómeno político.

Esos errores de que hablamos provienen del atraso de la ciencia. Acostumbrados a ver la acción ejecutiva en las monarquías, no es difícil reconocer su verdadera índole. Las nuevas instituciones políticas de la edad moderna, la división y limitación de los poderes son conquistas hechas al Poder Real. En las monarquías constitucionales aún se le han dejado mucho; porque la completa disolución de aquel gran poder es obra del tiempo. Conserva su primer distintivo de Gobierno y como el mundo se halla aún sometido en su mayor parte a las instituciones monárquicas, las republicanas que son nuevas y excepcionales, aún no se han podido definir y organizar bien. Tienen todavía muchos elementos, porque tienen muchas preocupaciones, monárquicas, y a la manera que los primeros cristianos conservaban muchas costumbres gentiles, los neófitos a la República conservan muchas viejas ideas adquiridas bajo la férula del despotismo.

En su esencia el Poder Ejecutivo no gobierna más que los otros poderes, y aun para decirlo de una vez, si no fuera por las relaciones exteriores y el servicio de policía (únicos elementos que le son sustanciales) el Poder Ejecutivo sería de todo punto innecesario. El administra la República como una ama de llaves gobierna una casa. Velar en que las leyes se cumplan, y excitar al Poder Judicial para que entre en acción cuando se han infringido, es todo lo tiene que hacer en el interior. Pero esto no es gobernar, ni esto requiere gran aparato de fuerza. El servicio de policía se hace con los empleados del ramo, organizado competentemente, y mientras menos violencia, es decir, menos fuerza, se emplee en ese servicio, tanto mejor para los asociados: porque toda violencia es un mal, y no puede justificarse sino cuando es indispensable para evitar mayores males u obtener con seguridad mayores bienes. Desearíamos por tanto, que no siguiésemos empleando con el Poder Ejecutivo la figura de retórica llamada antonomasia, apellidándolo Gobierno, y que dejásemos esta voz para expresar la suma del Poder público, distribuída entre todos los funcionarios y corporaciones, de cualquiera naturaleza que sean.

Hay una manía inherente a los hombres del Gobierno, y que aunque manía, no deja de estar bien enlazada con sus propensiones naturales como hombres de gobierno: hablamos del miedo a las revoluciones. Decía bien Larra, que "un ministro tiene siempre un conspirador entre ceja y ceja". Tiene el peligro de las rebeliones (porque revoluciones és otra cosa), la gran ventaja de depender casi enteramente de la voluntad de los que gobiernan. No gobiernen, sino administren, no obstruyan ni menos ataquen, sino favorezcan la libertad, y se acabó el peligro. Nosotros no sabemos ni queremos probar, si puestos por un acto de locura del pueblo granadino en el caso de administrar el Poder Ejecutivo, haríamos otro tanto que todos nuestros antecesores, por principio mencionado del amante y la querida; pero, vive Dios, que, lo que es hoy, pensamos de muy buena fe, que haríamos todo lo contrario. Hé aquí un programa, que nadie comparará en extensión al del 1.º de Abril último. "Protección a la enseñanza primaria e industrial. Auxilio e impulso a las vías de comunicación. Mejora de la administración de justicia. Organización de la policía general, servida por buenos, aunque no numerosos cuerpos, que pagarían las localidades. Abolición de la matanza pública y legal, llamada por mal nombre pena de muerte. Supresión del ejército permanente, dando una buena indemnización pecuniaria a los jefes y oficiales. Fundación y disciplina de la guardia nacional. Avance paulatino al impuesto único proporcional". Y después, ¿qué piensan Uds. que haríamos? — Capilolios? — No — Paradas? — Tampoco — Escribir periódicos de polémicas? — Mucho menos. — Influir en las elecciones? — Para qué? — Nombrar agentes de confianza? — Todos la tienen para el magistrado liberal — Trabajar en las Cámaras por medio de los amigos, y después premiarlos con empleos? — Nada, no hay que cansarse. Nos cruzaríamos de brazos; si señor y

velando sólo en la conservación de la Libertad, dejaríamos que esta divinidad inteligente y activa, hiciese lo que no saben ni podrán hacer jamás todos los Gobiernos de la tierra. Dormiríamos tranquilos, en la persuasión de que un pueblo libre no conspira; alejaríamos de nosotros todo asomo de fuerza artificial, porque tendríamos la natural de todo el que quisiese conservar sus libertades, es decir, del pueblo entero; y haríamos alarde de no temer trastornos, porque éstos no podrían entrar sino en cabezas de locos, y siendo más los cuerdos (a lo que parece), si algún loco intentaba un trastorno, sobrarian cuerdos que le encerrasen en un "Asilo de lunáticos", por otro nombre penitenciaría.

Los gobernantes, que nosotros llamamos administradores, se martirizan voluntariamente, queriendo tener muchas facultades, y empleándolas en beneficio del Poder (atención! el Poder no son las personas que lo ejercen). Cabe a los gobernantes sujetos a instituciones libres y verdaderamente democráticas, dadas a su pesar, sentir el dulce desengaño de que mientras menos se gobierne, tanto mejor. Hoy, por ejemplo, el Presidente de la Nueva Granada no tiene que nombrar Gobernadores de provincias; y cuántos compromisos, cuánta responsabilidad no se ha ahorrado! Si las provincias eligen un mal Gobernador, su alma en su palma; que lo sufran, y Cristo con todos. Entre tanto, qué tiene que ver la suerte de la República con que una provincia elija un mal gobernador? Cuántos falsos amigos y verdaderos enemigos no se ha economizado, o más bien, no le ha economizado la Constitución? Los gobernantes se creen desairados cuando no hacen mucho, y llaman hacer: nombrar y remover empleados, dar decretos sobre todas las cosas posibles, escribir larguísimas circulares, y en fin, tener siempre despierta la atención del pueblo hacia el Gobierno alimentando y prolongando la funesta preocupación que hace esperarlo todo de aquél, y poco o nada de los esfuerzos individuales.

Nos hemos detenido mucho en el partido conservador, porque es como la platina, difícil de fundirse; pero creemos que nuestro crisol lo habrá sacado ya en limpio, y vamos ahora a fundir el partido liberal.

Hay una fracción de los que suben al Poder, que siempre queda liberal, pero es porque realmente no sube sino de un modo muy abstracto. Todo partido de oposición es y tiene que ser compacto; trabaja con unidad, con método y constancia y por lo mismo con provecho. Las esperanzas son comunes, y como la esperanza es el único beneficio inagotable, el único que participa de la naturaleza del fuego que se reparte sin disminuirse, todos los copartidarios obran de concierto, porque hay esperanza para todos. Pero llega el momento del triunfo. Veinte aspirantes a las Secretarías de Estado vienen a ver, un poco tarde, que aquéllas no son más que cuatro; y aquí tenemos por de pronto diez y seis chasqueados. Así de los demás empleos. Y qué piensan Uds. que serán entonces los chasqueados? Los chasqueados son siempre liberales.

Pero no es esta (seamos justos) la única causa de división. El partido que sube no tenía, antes de subir, necesidad de ser muy preciso en sus ideas de administración, y a la verdad que se puede muy bien trabajar con éxito admirable en las elecciones sin aquella precisión de ideas. Después son los apuros, las cuestiones, las nuevas formas que toman los objetos alumbrados por el fanal de la experiencia y de la responsabilidad; y qué sucede? Que los recién instalados en el Poder se dividen: los que tienen mayor participación en los negocios son en la esencia conservadores; los otros siguen llamándose, y con razón, liberales. Esta división de todo partido que sube es el contraveneno de la embriaguez del triunfo, así como la unión del partido que cayó, va a darnos el más hermoso color rojo.

Así como todo el que manda quiere conservar lo que existe, o volver atrás cuando ello favorece al Poder, así los que no mandan, pero toman parte en los negocios públicos, propenden naturalmente a lo contrario. Son por lo mismo de la oposición, como los otros son ministeriales, por necesidad, por fatalidad, por lógica, o como Uds, gusten, pero, en fin, son de la oposición. Liberal y opositor son, pues, una misma cosa; y como hoy mandan unos y mañana otros, gracias a nuestro bendito sistema alternativo, se sigue muy forzosamente que los conservadores de ayer son liberales hoy. Por no mirarlo así, caemos en una espantosa confusión de ideas y de nombres. Queremos que los primeros calificativos sigan al hombre hasta la tumba, y llamamos godos y bolivianos a los que ni se acuerden ya de España o de Bolívar. Conservador fue Ud. ayer, D. Pedro, porque mandaba; pues bien: conservador tenemos que seguir llamándole, aunque hoy no mande, ni quiera que las cosas estén como están; retrógrado fue usted cuando quería un poquito más de fuerza en el Gobierno, a la antigua española; pues ha de ser llamado también retrógrado, aunque quiera solamente dejar las cosas como se hallan, o tal vez avanzar un poco más. Y usted, don Juan, que fue liberal cuando sentía el peso y no las dulzuras del mando; usted, que quería la reforma de la malhadada de 43, cuando podía ser la víctima de un esbirro del Presidente-Rey; hoy que ejerce el Poder, y cree que no puede gobernarse a estos dos millones de hombres y mujeres sin mucha fuerza y unidad de acción, quiere usted conservar el ejército, y retrogradar hacia el tiempo de los libres nombramientos de Gobernadores; de la imprenta sofrenada por una ley que burlescamente se llamaba de libertad de imprenta, como si hubiese leyes de libertad; del veto suspensivo en la confección de las leyes, etc. Dejémoslos, pues, de nombres arbitrarios, y llamemos liberal al liberal y conservador al conservador. Los antiguos calificativos no pueden servir para las nuevas ideas, ni aun los motivos que se tengan para profesar nuevas doctrinas, pueden traerse a cuenta para dar dictados: 1o. porque los motivos sólo Dios los conoce, y nosotros no hacemos sino suponerlos, a veces de una manera nada caritativa: 2o. porque en esta contienda no hay juez, siendo todos culpables, si culpa hay en seguir uno la corriente natural de los cambios políticos.

Los liberales u opositoristas pueden serlo: 1o. porque el poder sufrido parece siempre mucho más duro que el poder ejercido; 2o. por hambre, cuando sólo se trata de adquirir sueldo, o por ambición, cuando se desea farolear; 3o. por un fenómeno político poco observado que toma diversos nombres y formas, y que yo no tengo inconveniente en llamar patriotismo, aunque sólo tiene de ello el Istmo; voz a que puede anteponerse ego, familia, propietas, o cualquiera otra latina, con tal que resulte amor de algo que nos interesa. El principio de que hablamos es nada menos que una reacción. Una reacción? Cosa espantosa! — No tal, pues es una excelente reacción: la de la fuerza que sube contra la fuerza que baja. Me explico? — No, señor — Pues lo diré de otro modo: es la reacción del que obedece contra el que manda. Todo Gobierno (y ahora sí es Gobierno) por el mismo hecho de ejercerse sobre los gobernados, produce una reacción de parte de éstos; y si así no fuese, pobres de nosotros! El exceso de la fuerza que baja, o del Gobierno, es lo que se llama tiranía, y el de la fuerza que sube o del pueblo, es lo que se llama rebelión. El equilibrio de estas dos fuerzas es lo que constituye una buena administración, y lo que hace a un pueblo libre, pacífico, industrial y feliz. Ahora pues, los representantes del principio de reacción contra la fuerza del Gobierno, son los liberales, y la lista de esos hombres es lo que se llama Partido Liberal.

Permítanos el amable lector abusar un poquito más de su paciencia, y vaya en gracia la franqueza con que se pide; que otros lo hacen sin pedirlo, y aun sin conocerlo. No es más que para sacar de nuestro laboratorio los actuales partidos de la Nueva Granada según se han descompuesto en los últimos años.

Después de doce de mando, el partido conservador de 1849 sintió muy

vivamente, que no es lo mismo el poder ejercido que el poder sufrido. Sintió por la primera vez todo el horror de la máquina que había construido en 1843; y tuvo como partido la suerte que como a individuo cupo a Monsieur Guillotin, el famoso inventor de la máquina francesa para matar hombres lo más pronto posible. No podía pues, sino volverse liberal, y aunque esta era la verdad del caso no se atrevían las buenas gentes que habían traído jesuítas, matado rebeldes, y en una palabra, fabricado la máquina o constitución de 1843, a confesar ni aun a sí mismos, que se habían convertido en liberales: 1o. porque la palabra sola les espantaba, después de haberla mirado de reojo tanto tiempo; y 2o. porque no sabían que la revolución en ellos obrada era una revolución natural, precisa, universal en todo partido caído. De otro modo, dejando a un lado toda timidez, habrían dicho a la faz del mundo: "Hemos caído, ergo somos ya liberales, y ahora es nuestro turno. Cuenten con eso, señores conservadores de nuevo cuño". Pero como eran ya liberales, a su pesar y sin saberlo, al fin han tenido que mostrarse como tales, y de aquí su adhesión a la reforma de 1853. Los que pretenden que esa adhesión no es sincera, entienden poco de achaques políticos. Es y será sincera mientras el partido no suba al poder. Y después? esa es otra cuestión. Respondan a ella los que se apellidaban liberales en 1849 (En todo esto se salvan las excepciones y no se habla sino de la generalidad).

Los tales liberales, que lo eran por cierto de muy buena fe durante los doce años de obediencia, subieron al Poder; y qué hicieron? ¿Voltear la torta de repente? No, señor, eso los hubiera tumbado en el acto; porque hay que contar con la huéspedada. La gran masa del pueblo, que por lo general no toma cartas en nuestros juegos, aunque ignorante comparada con la de otros países, distingue un engaño cuando es muy manifiesto; y si después de tanto gritar libertad! se hubieran declarado los nuevos conservadores recién instalados en el solio, el pueblo todo se habría levantado como un gigante, y habría dado con ellos en tierra. Qué sucedió pues? La nueva situación ofuscaba su vista; y colocados (y no es cuento) en las grandes alturas donde se forman las nubes algunas de ellas interceptaban el paisaje de los lugares bajos. Empero, recordaban que se habían llamado liberales, y que tenían cierto compromiso que cumplir. Trataron de cumplirlo: ¿pero cuándo se realizó, y quién lo realizó, y a despecho de quién se realizó?

La reforma se inició, es verdad, en 1849, por medio del Acto preparatorio, pero pudiendo haberse consumado en 1851 no lo fue hasta 1853. Era preciso usar de las armas del contrario por algún tiempo, gozarse en su agonía, emplear sus mismos instrumentos para consolidar el triunfo del nuevo partido, que, sin darse cuenta de ello, estaba usando del lenguaje y observando la conducta de todo partido conservador, porque él no era ya otra cosa. La libertad ganó durante la Administración López ¿quién puede negarlo? ¿Pero no había ganado también durante la Administración Mosquera? Es que tales adelantos no son precisamente obra de tales o cuales partidos, sino de la tendencia general e inevitable de los destinos humanos, que marchan a un término que no pueden ser desviados sino por causas muy poderosas, por muy fuertes y decididas represiones, cual los golpes de Estado y otros semejantes.

Como no tenemos en mira mortificar a nadie, no hacemos alusión a muchos individuos, liberales en 1849, que aunque no se atrevían a decir a voz en cuello que deseaban conservar la máquina de 1843, manifestaban muy a las claras hallarse perfectamente bien (a leur aise), con un medio de obtener la consabida fuerza y unidad de acción en el Gobierno. También hostilizaron cuanto pudieron la Reforma general, y no estuvo en ellos el que la nueva Constitución no haya sido una mala copia de la anterior. Obraban de buena fe? — Sí señor, porque eran entonces conservadores, alias, ministeriales.

De todo deducimos que la existencia de tres partidos políticos en la República, es una aberración, un imposible. Los conservadores son y no pueden menos que ser liberales porque no están en el poder. Los gólgotas lo son también. Por qué? — Primero, porque no están en el poder. — Segundo, por que sus filas se componen de

dos clases de hombres que han sido siempre liberales: 1o. jóvenes entusiastas, que tienen el desprendimiento propio de su edad, y que necesitan pasar por la prueba del Poder; 2o. antiguos liberales, que han pasado por esa prueba sin mucho perder, o que han sacudido el polvo de las covachuelas, quedando limpios y puros de corazón.

Con todo, y a pesar de nuestras simpatías por este partido, reconocemos que aun no está suficientemente probado. No tardará mucho en serlo, y si sale victorioso de la tremenda prueba del Poder; si contra los malditos principios de la ciencia y los fenómenos constantes de la naturaleza humana, es arriba tan liberal como abajo; si protege la libertad lejos de obstruir en lo más pequeño; si no gobierna, si no administra, y si la acción de su administración es tan insensible que haga ociosa toda idea opositora (porque también habrá industria y pan para todos), entonces, y sólo entonces, bendeciremos a la Divina Providencia porque ha conservado una vez el juicio a los hombres en el Poder, y romperemos nuestros crisoles y marmitas, y hornillas y retortas, botaremos nuestros reactivos, y maldiciendo con placer de la engañosa ciencia, seremos escépticos en química, gólgotas en política, e imparciales en todo”.

CAPITULO XIV

EL PACIFISTA

Don Justo en el Senado de 1854. — El pronunciamiento de Melo. — En Santiago de Veraguas. — El Ayudante de Campo. — Secretario del General Herrán. — La toma de Bogotá. — El Pacifista. — Administración Obaldía. — En el Congreso de 1855. — Primer Suplente del Procurador General.

Antes y después de sancionada la liberal constitución de 1853, ocurrieron en Bogotá asonadas o motines provocados por la gente del bajo pueblo o guaches contra los amigos del Congreso, en su mayoría jóvenes decentes o cachacos en lenguaje bogotano.

Los artesanos apellidaban anárquica la Constitución, toda empresa productiva constituía un monopolio, el comercio era para ellos agio, la gente rica y trabajadora y la juventud de la sociedad, objeto de su odio. Desgraciadamente el General Obando se apoyó en esa fracción violenta, audaz y envalentonada, que hundió al país en la guerra civil. Los amigos del Presidente ejercieron sobre él una influencia que lo indujo a resistir el espíritu de las reformas y a mirar con disgusto la Constitución que sancionó, juzgándola hostil al ejecutivo, por cuanto menoscababa sus facultades. (1)

En medio de esta cálida atmósfera de odios y escándalos tuvo que funcionar el Congreso que se instaló el 1o. de Febrero de 1854.

Ocupaba el Dr. Justo Arosemena en este augusto cuerpo el elevado cargo de Senador, para que había sido elegido por el Istmo, cuando sobrevino el golpe de cuartel del 17 de Abril de 1854, que, entre todos los males que causó, no fue el menor el de paralizar varios proyectos legislativos importantes que seguían su curso en las Cámaras.

Entre esos proyectos estaban los del ciudadano Arosemena sobre Códigos, y el de erección del Istmo de Panamá en Estado Federal Independiente, que fue aprobado "con una aceptación muy pocas veces vista en el Congreso" en la sesión del Senado celebrada el día 12 de Abril. Iba a pasar a la Cámara de Representantes el mismo día del pronunciamiento encabezado por el General José María Melo.

Formó parte el Dr. Arosemena en este Congreso de la Comisión de Cuentas y de la de Redacción del Senado y presentó otros proyectos de leyes muy importantes, como el fundamental de la fuerza pública, el de minas de carbón, el de papel sellado, el de concesión de tierras baldías a las provincias, el de facultades a los gobiernos municipales de las provincias, el de independencia religiosa, el de

(1) Henao y Arrubla. Obra citada.

reforma de la Constitución — que trataba de ensanchar la forma federativa — y el que trataba sobre demarcación territorial de primera clase, rehecho por él en comisión especial, basado en los siguientes principios, muy sensatos y prácticos: “1o.) Economía en los gastos provinciales, la cual es indispensable hoy en que tales gastos se hacen por las mismas provincias, de fondos diversos del tesoro nacional, y en que muchas de ellas no pueden sostenerse, o tienen que gravar fuertemente al pueblo; 2o.) Libertad en las elecciones, las cuales no pueden estimarse libres cuando una provincia es demasiado pequeña, y se ejercen por consiguiente sobre ella con mucha facilidad influencias determinadas; 3o.) Mayoría de personas aptas para los empleos provinciales, que de este modo no rodarán constantemente entre los mismos individuos, porque habría más donde escoger”. El decreto que cedía a beneficio de la instrucción primaria de Portobelo las ruinas de un edificio nacional también fue obra de don Justo.

Conocidos son los detalles del pronunciamiento de Melo, verdadero crimen del partido democrático, que disolvió el Congreso, echó por tierra el gobierno constitucional, y entronizó la más odiosa dictadura, la dictadura cuartelaria de un soldadote inculto y sin nombre capaz de todas las violaciones y todos los atentados.

Para salvar la República y restablecer el orden y la legitimidad derrocados, todos los hombres importantes del país, sin distingos políticos ni sociales, se pusieron luego en armas contra Melo y sus secuaces. Unos espontáneamente, otros al llamado de los jefes más prestigiosos, no hubo verdadero ciudadano que no acudiese presuroso a vengar el ultraje inferido a las instituciones sagradas de la Patria. Como dice Carlos Martínez Silva (1), “tratábase de salvar la causa madre de la República; y así como no se advirtieron debilidades, vacilaciones o desconfianzas, tampoco faltó a lista uno solo de los que la Patria tenía derecho a mirar como sus hijos predilectos. En unos mismos campamentos, bajo unas mismas toldas, viéronse entonces vivaqueando y conllevando la vida del soldado al General José Hilario López y a D. Julio Arboleda, al General Tomás Cipriano de Mosquera y al General Tomás Herrera; al General Pedro Alcántara Herrán y al General Rafael Mendoza; al General Braulio Henao y al General Alzate; a Manuel Tejada y a David Peña; a Pedro Gutiérrez Lee y al General Franco; a Santos Gutiérrez y a Leonardo Canal; a Manuel Murillo y a D. Mariano Ospina; a Carlos Holguín y a Salvador Camacho Roldán; a D. José María Plata y a D. Pedro Fernández Madrid; a Manuel María Mallarino y a Rafael Núñez”.

Fue un panameño, el Designado General Herrera — que desde los primeros momentos pudo escaparse de la capital y declararse en Chocontá en ejercicio del Poder Ejecutivo — el heraldo de la restauración a cuya voz surgió el ejército del Norte y se establecieron los altos poderes legítimos de la República. “Colombianos! — había dicho en una proclama lanzada a raíz del atentado —. La mano alevosa de un soldado infiel a sus juramentos y tráfuga de la libertad, ha pretendido herir de muerte al orden público rompiendo los vínculos que lo sostienen y que se hallan consignados en el precioso código del 21 de mayo de 1853. Ese hombre, que la perpetración de un horrendo delito ha colocado en la pendiente resbaladiza del crimen, no podrá menos de terminar su execrable carrera con la ejecución de nuevos atentados. La hermosa ciudad de Bogotá está sometida al vandalaje más escandaloso y despotizada por un hombre que huyendo del castigo que merece por el asesinato perpetrado por él en la persona de un pobre soldado,

(1) Puente sobre el abismo. (Repertorio Colombiano).

(1) y apoyado en las bayonetas de los cuerpos que hacen la guarnición, quiere anquilarla para siempre, entregándola al pillaje de una soldadesca desenfrenada. No es la primera vez que los granadinos corren presurosos a destruir a los opresores, y hoy que la causa que defendemos es santa y hermosa; hoy que los rebeldes no pertenecen a ningún partido político; hoy que la lucha es entre la moral y la corrupción, entre el vicio y la virtud, las filias de la buena causa serán numerosas”.

El Vicepresidente Obaldía, amparado primero por la Legación Americana contra los revolucionarios draconianos, logró también fugarse a tiempo de Bogotá, y asumir el 5 de agosto en Ibagué el ejercicio del Poder Ejecutivo que le dejaba Herrera, para aceptar en seguida el puesto de 2o. Jefe del Ejército del Norte, dirigido por el General Mosquera. Los senadores y representantes fueron llegando poco a poco a Ibagué, adonde se habían dado cita, y el 22 de Septiembre pudieron reanudarse las sesiones del Congreso, en el cual representaron al Istmo, desde sus comienzos, Agustín Jované, Gil Colunje y Mateo Iturralde. En cuanto a don Justo, después del aciago acontecimiento logró, en unión del Senador por la provincia de Azuero, señor Santiago de la Guardia, salir de la capital el 22 de Abril, con no poco trabajo y peligro y, durante varios días vagó por las poblaciones del Magdalena con gran detrimento de su salud. Después del desastre de Zipaquirá convencido, lo mismo que su compañero, de que era inútil esperar la reunión del Congreso, resolvió trasladarse al Istmo y luego a los Estados Unidos, en busca de mejor clima y con el objeto de atender a la subsistencia de sus tiernos hijos, residentes en ese país extranjero. — “Mis recursos pecuniarios agotados — escribía él mismo poco después — mi familia en país extranjero abandonada, mis esperanzas en la continuación del Congreso perdidas; todo esto junto con la firme persuasión de que los males que aquejaban a la República habían podido y no habían querido evitarse por las personas en quienes la Nueva Granada había depositado una inmensa confianza, me llenó de tristeza y desaliento y resolví trasladarme a mi domicilio con el ánimo, lo confieso, de no tomar en adelante parte alguna en los negocios públicos. Era no obstante una ilusión que duró tanto como puede durar el olvido de ese talismán llamado patria”.

Es conveniente anotar aquí que, luego que ocurrió el escandaloso motín militar de 17 de Abril, el Ciudadano Vicepresidente trató de ejercer el Poder Ejecutivo a consecuencia de la prisión real o fingida del Presidente, y citó a varios miembros del Congreso para que éste se reuniese el 15 de Mayo en la ciudad del Socorro, y que don Justo fue uno de los que más prontamente se comprometieron a llenar aquel deber. Las cosas no lo quisieron así, como hemos visto, y luego, al arribar al Istmo en el mes de Junio, el arreglo de sus intereses, duramente quebrantados, lo llevó hasta Santiago de Veraguas, donde le esperaba nueva misión ardua y delicada que cumplir. Hallábase, en efecto, en esta población cuando ocurrieron los desagradables acontecimientos de la provincia de Azuero que la historia relata; entonces se le confió la agencia de ciertos negocios importantes, públicos y privados, entre ellos la mediación entre dos gobernadores mal avenidos y entre dos provincias próximas a combatir y un reclamo contra el Gobernador de Azuero por la expropiación indebida y arbitraria que éste hizo de todos los bienes de los señores Ramón de la Guardia e hijos, implicados en los sucesos políticos de la provincia (una invasión interna) quienes los habían traspasado ya a don José Fábrega Barrera, don Francisco de Fábrega y don Dionisio Facio. Don Justo

(1) Se refiere al asesinato del Cabo Pedro Ramón Quirós, crimen que precipitó la Revolución que venían preparando los democráticos contra los liberales doctrinarios.

representaba los derechos de estos señores y tenía el encargo, además, de entregar las haciendas de Macanas y Ponuga, revendidas a los señores Marcos Robles y Diego García.

Desempeñados airoosamente por el Dr. Arosemena todos sus negocios volvió a Panamá y, habiendo sabido aquí que el General Herrera marchaba a la campaña, que había probalidades de la reunión del Congreso en Ibagué y que la diputación de las provincias del Istmo sería muy escasa, manifestó al Gobernador, contra su primera determinación, el deseo de concurrir a las sesiones. Su patriotismo nunca desmentido le impuso, pues, el sacrificio de desandar el camino andado y tomar el rumbo de la capital provisoria apenas tuvo noticias seguras de la reinstalación de las Cámaras legislativas. El mismo día 22 de Septiembre en que esta reinstalación se efectuaba, partía del Istmo nuestro Senador, abandonando por el cumplimiento del deber el cuidado de su salud y de sus negocios, y lo que vale más aún, la atención de sus queridos hijos que lloraban su ausencia en tierra extraña. El viaje fue largo y penoso, con todas las molestias inseparables de una marcha con tropas por malos caminos o a bordo de champanes rudimentarios. Llegó a Honda el 31 de Noviembre, cuando ya sus servicios en el Congreso no podían ser de utilidad alguna; "lo que no acabo de lamentar — decía en comunicación que desde Honda dirigió al Secretario de Gobierno — porque no han sido necesarios, no he podido satisfacer la envidia que tenía a mis colegas, participando en sus peligros y sus glorias. Pero ya que así ha sido, y por si acaso en el ejército pudiera yo prestar algún servicio, partiré inmediatamente a incorporarme en el que sea más accesible desde este lugar".

El primer paso que dió el Congreso de Ibagué, al abrir sus sesiones, fue iniciar la causa de responsabilidad contra el Presidente Obando por su supuesta y tal vez efectiva participación en el golpe del 17 de Abril. La Cámara de Representantes acordó por unanimidad "acusar ante el Senado a José María Obando, Presidente de la República, por mal desempeño en el ejercicio de sus funciones oficiales, denunciarlo ante el Senado como reo de los delitos de traición y rebelión, cometidos el 17 de Abril en Bogotá; y pedirle que lo suspendiera de su empleo de Presidente de la República".

El Senado acogió la acusación que formuló en su seno el Fiscal Representante Salvador Camacho Roldán, y el Presidente de la República, conforme a los trámites legales, quedó desde ese momento suspenso del ejercicio de sus funciones.

Cerradas las sesiones del célebre Congreso ambulante, la mayor parte de sus miembros resolvió ingresar en los campamentos de la Restauración, cuyas fuerzas se habían ya multiplicado y luchaban fervorosamente en todas partes por el triunfo ineludible.

Después de los desastres de Zipaquirá y Tíquiza, lograron esas fuerzas, entusiastas y llenas de fe, encaminar sus pasos a la Sabana de Bogotá. Los Generales Mosquera y Herrera comandaban el ejército de las provincias del Norte, y el General José Hilario López el de las del Sur. Tocóles luego a ambos ejércitos moverse sobre la capital a las órdenes del General en Jefe Pedro Alcántara Herrán, que había sido llamado urgentemente de Nueva York, desde donde envió antes valioso y oportuno armamento, para la defensa de la causa legítima. Había nombrado el General Herrán para Secretario y Ayudante de Campo al Dr. Justo Arosemena, a quien conocía por su serenidad de ánimo, rectitud e inteligencia, y con él entró, materialmente bajo una lluvia de balas, en la plaza de Bogotá el 4 de Diciembre a las 3 de la tarde, después de dos días consecutivos de combate. "Nos tocó — escribe el Dr. Aníbal

Galindo, compañero de don Justo en el Congreso y en el campo de batalla — nos tocó entrar asaltando y rindiendo los puestos y reductos que por esa vía ocupaba el enemigo, principalmente la torres del Convento de San Juan de Dios, por la calle de ese nombre y la de Florián, hasta la Plaza Mayor" (1)

"Nada detenía el empuje de los constitucionales corrobora un historiador panameño. Tomándose casa por casa, trinchera por trinchera, calle por calle, llegaron hasta el último cuartel de Melo, que se rindió a discreción. A las cuatro de la tarde quedó destruída la dictadura y consumada la obra de redención en que Herrera fue el primer porta-estandarte al principio y la primera víctima al final". (2) En efecto, con la sangre generosa del General Tomás Herrera, el Gran Capitán de Ayacucho y el héroe de cien combates, se selló el triunfo de la legitimidad que él fuera el primero en salir a defender, y se desplomó en las lodazales de la Historia la dictadura vergonzosa de Melo.

"Solo hay un caso en que todos los ciudadanos pueden atacar lícitamente a un mandato como ilegítimo, y es cuando atropellando todas las leyes se elevan a la autoridad por medio de la violencia o del engaño, o cuando se ha proclamado tumultuariamente a despecho de la Constitución, por sus amigos o adictos".

Es preciso recordar ahora estas palabras del Dr. Arosemena para que se comprenda todo el valor de su civismo y se le pueda conceder el título de pacifista que le corresponde por el fervor con que combatió la guerra y las revoluciones, por su amor profundo a la justicia, que en él se tornaba pasión al tratarse del respecto a la legalidad, garantía del bienestar y de la vida de los ciudadanos, la paz interior y el progreso continuo. Bien merece tal título quien la única vez que apeló a las armas fue para restablecer el imperio de la constitución anulado por una dictadura militar; bien merece tal título quien se opuso con todo ardor a la guerra de 1856, quien condenó públicamente la de 1876, y quien trabajó oficiosamente y valientemente por obtener la paz en 1885; bien merece tal título, en fin, quien había dicho en una confesión clamorosa y sincera: "Si la sociedad se ha establecido para el beneficio de todos, si ese beneficio ha de juzgarse forzosamente por la mayoría de los hombres sensatos, una vez que ella ha sancionado una constitución, es necesario obedecerla ciegamente. Si el código político es defectuoso, como son siempre las obras de los hombres, corrijásele por los trámites que él mismo ha formulado".

Cien ejemplos más podríamos hacer valer para comprobar el consciente y sistemático espíritu pacifista del Dr. Arosemena. La paz, la justicia, la tolerancia la libertad política, son los puntos más sensibles de su corazón magnánimo y grande, de su serena y clara inteligencia, para la cual la opresión del hombre y todo atentado contra la voluntad humana son el más doloroso ultraje a la entidad moral del individuo: "Reforma constitucional. Tolerancia. Verdad en las elecciones. Respeto efectivo a todos los derechos. Moderación en el uso del nuestro, y aun en el lenguaje empleado con nuestros adversarios. Justicia en todo y para todo el mundo. Es imposible que sobre estas bases no se afiance la paz, no la que se funda en el temor impuesto, sino la que emana de ausencia de elementos perturbadores".

Muchas veces aun en el curso de esta obra tendremos ocasión de oír sus anatemas contra la guerra, envueltos en la más sana filosofía práctica de amor,

(1) Aníbal Galindo. -- Recuerdos Históricos.

(2) Ricardo J. Alfaro. -- Obra citada.

armonía y cordialidad. Sin embargo, vamos a anticipar algo que él había dicho en solemne ocasión: "Para mí, filósofo arrinconado, que contemplo bajo otros aspectos el movimiento de nuestra generación, las batallas del hombre contra el hombre son verdaderas locuras."

En 1854 fue, pues, el Dr. Arosemena a la guerra, porque era el único camino para llegar a la paz fundada sobre el imperio del orden.

Conquistada aquélla y asegurado éste con la toma de Bogotá, fue reconocido como Vicepresidente legítimo don José Domingo de Obaldía, cuya administración fue generosa con los vencidos, reparadora y ecuaníme. Este ciudadano ejerció el poder hasta el 10. de Abril de 1855, en que se encargó de la Vicepresidencia, por elección popular, el Dr. Manuel María Vallarino, conservador moderado, de espíritu tolerante y progresista. Su política tuvo el más amplio carácter nacional y su período se caracteriza por el cumplimiento de las instituciones y el respecto a todos los derechos. Bajo sus auspicios fraternizaron todos los partidos y prendió aun en las conciencias conservadoras el espíritu federalista que veremos luego reinar en el Congreso. Fue esto lo que obligó a decir a Caro (Miguel Antonio): "La alianza con los radicales o gólgotas en 1854, inevitable como sacrificio en aras de la legalidad, debilitó en muchos conservadores la adhesión debida a los principios tradicionales de su escuela política".

El 10. de Febrero se instaló regularmente el Congreso de 1855 y fue uno de sus primeros pasos la instrucción del proceso contra el ciudadano Presidente de la República y dos de sus Secretarios, acusados, como ya se ha dicho, de cómplices en el atentado del 17 de Abril. Tocóle al Dr. Justo Arosemena formar parte de la comisión encargada de instruir ese proceso, que absorbió la mayor parte de su tiempo, hasta el 14 de Mayo, en que rindió su informe con sus dos compañeros don Vicente Cárdenas y don José María Blanco.

En esos mismos momentos lo elegía el Senado por unanimidad Primer Suplente del Procurador General de la Nación. Hé aquí cómo contestaba la nota en que se le comunicaba esa elección:

"Bogotá, Marzo 19 de 1855. — Vuestra nota de 5 del corriente me comunica la elección que se ha dignado hacer en mí el Congreso Nacional para Primer Suplente del Procurador General de la Nación. Aunque la circunstancia de no residir yo en la República me había hecho vacilar si aceptaría o no el cargo, he resuelto no rehusar esta nueva oportunidad con que me ha honrado la Representación Nacional de ser útil a mi patria, proponiéndome hacer el sacrificio necesario para llenar mi deber llegado que sea el caso.

Dignaos, Ciudadano Presidente, ser el órgano por el cual expreso mi gratitud a la corporación que dignamente presidís, y aceptar las consideraciones de particular aprecio con que soy vuestro muy atento servidor, JUSTO AROSEMENA".

Es famoso el interrogatorio contundente a que don Justo sometió al ciudadano Presidente de la República en la sesión del 17 de Marzo de 1855. Conocedor como ninguno de todos los detalles del proceso, maestro en los recursos de la lógica, dueño de una gran serenidad y animado al mismo tiempo del más fervoroso respeto por las instituciones de la Patria, cada pregunta suya era un callejón sin salida, una tortura desesperante para el ilustre acusado. Sin duda con esta compelación se inclinó para él la balanza de la justicia, y se esbozó en todas las conciencias del Senado la sentencia que dictaron el 4 de Abril de 1855, en la cual intervino don Justo directamente, como redactor y como Presidente que era de la Cámara en los momentos de firmarla. Dice así esa sentencia:

“Bogotá, 4 de Abril de 1855. — El Senado de la Nueva Granada — Vista la causa de responsabilidad que se ha seguido al ciudadano Presidente de la República, José María Obando, y a los señores ex—Secretarios de Gobierno y de Guerra, Antonio del Real y Valerio Francisco Barriga, por acusación de la Cámara de Representantes, admitida en 17 de Octubre anterior, por diferentes cargos:

Declara culpable al mencionado Presidente José María Obando, de las faltas previstas y definidas en los artículos 546 y 594 del Código Penal; pero no pudiendo aplicar otras penas que las establecidas en el artículo 147 de la Constitución de 1843, virtualmente incluso en el artículo 369 del Código de Procedimiento sancionado en 1848, le destituye del empleo de Presidente de la República.

Declara así mismo absueltos a los ex—Secretarios de Estado Antonio del Real y Valerio Francisco Barriga del cargo que se les sometió a juicio.

El Presidente, JUSTO AROSEMENA. — El Secretario, Lázaro María Pérez.

La causa de responsabilidad seguida contra el infortunado Obando, vino a terminar en el Senado con el siguiente documento:

“Juicio de Responsabilidad. — Mensaje del Presidente del Senado. — Bogotá 5 de Abril de 1855. — El Senado de la Nueva Granada, constituido en Gran Jurado Nacional, que tengo la honra de presidir, falló, en su sesión de ayer, en la causa de responsabilidad seguida contra el ciudadano Presidente de la República, General José María Obando, y los ex—Secretarios de Gobierno y Guerra, señores Antonio del Real y Valerio Francisco Barriga, condenando el primero, por el voto unánime de todos los ciudadanos Senadores, a la pena de destitución del empleo, y absolviendo a los últimos del cargo porque se les sometió a juicio.

Y en cumplimiento del artículo 381 del Código de procedimiento en negocios criminales, lo pongo en vuestro conocimiento, aprovechando esta oportunidad para suscribirme de Vos, Ciudadano Presidente, muy atento y obediente servidor, — JUSTO AROSEMENA. — Ciudadano Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo”.

Doce días después de firmados aquella sentencia y este mensaje, en donde cumplía un grave deber de juez soberano de la Patria, firmaba don Justo este decreto, muy simpático, en honor de la memoria de José Eusebio Caro, adversario suyo en ideas, pero estimado por él como uno de los más grandes hombres de Colombia:

“El Senado y la Cámara de Representantes de la Nueva Granada, reunidos en Congreso,

DECRETAN:

Art. 1o. La República reconoce los eminentes talentos, el genio vasto y profundo y el nobilísimo carácter de José Eusebio Caro, y lloró en la tumba de este joven ilustre la irreparable pérdida de una de las más bellas glorias de la Patria.

Art. 2o. El Congreso enviará a la señora viuda de Caro un ejemplar auténtico de este Decreto.

Dado en Bogotá, a 19 de Abril de 1855.

El Presidente del Senado,

JUSTO AROSEMENA”

Fue de lo más intenso y meritorio el trabajo del Dr. Arosemena en el Senado de 1855: además de sus labores en la comisión instructora del proceso de Obando y en las Comisiones Legislativas, de Cuentas, de Relaciones Exteriores y de Peticiones, de las cuales formaba parte, hay que tomarle en cuenta su "Ley orgánica de la deuda nacional interior", su "Proyecto de ley fundamental del crédito Nacional", su "Proyecto de ley sobre federación colombiana", su "Proyecto de ley sobre matrimonio en sus efectos civiles", (1) y el "que arregla el contrato matrimonial", en todo lo cual pone de relieve, una vez más, su agudo espíritu práctico y sus grandes conocimientos económicos; hay que tomarle en cuenta también sus informes, sus discursos y, sobre todo, el acto constitucional de 27 de Febrero que creó el Estado Federal de Panamá, en desarrollo del cual presentó don Justo en el mismo Congreso los siguientes proyectos, que llegaron a ser leyes de la República: "Proyecto de ley en ejecución del acto constitucional de 27 de Febrero", "Proyecto de ley sobre rentas y gastos nacionales en el Estado de Panamá", "Proyecto de ley que da una forma especial al territorio del Istmo", y "Proyecto de ley sobre administración en el Estado de Panamá de los negocios que allí se ha reservado la nación", que trataba de evitar las dudas que podían resultar del acto constitucional de 27 de Febrero, con relación a la pertenencia de los objetos que habían sido propiedad nacional en el Estado de Panamá, hasta el mencionado día. Del Senado de 1855 se separó el Dr. Arosemena con licencia el 22 de Mayo, y fue reemplazado por su suplente, don Mateo Iturralde.

(1) "Son legítimos en Nueva Granada — decía — y producen todos los efectos civiles: 1o. los matrimonios celebrados conforme el rito de cualquier religión y comprobados ante el notario del distrito o quien haga sus veces, en los términos que se dirá después; 2o. los matrimonios que se celebren ante el mismo notario en los términos del Capítulo. . . .; 3o. los matrimonios celebrados en país extranjero según las leyes donde se han contratado". Establece, además, el divorcio civil.

CAPITULO XV

EL ESTADO FEDERAL DE PANAMA

El proyecto primitivo sobre el Estado Federal de Panamá. — La campaña periodista de don Justo. — Discusión del proyecto. — "El Estado Federal de Panamá" por Justo Arosemena. — Acto adicional de la Constitución. — Un gobierno centro — federal en Colombia.

Desde el año 1852, según sabemos, había propuesto el Dr. Arosemena a las Cámaras un proyecto de acto reformativo de la Constitución, que tenía por objeto erigir el territorio del Istmo de Panamá en un estado federal, soberano para sus asuntos propios, y sólo dependiente de la Nueva Granada en ciertos puntos que son esenciales a la nacionalidad. (1) El proyecto fue adoptado por la Cámara de Representantes con una lujosa mayoría, y ya sabemos cómo el Senado de 1854 le dio su aprobación unánime y cómo fue detenido en el momento mismo en que iba a pasar a la otra Cámara, tal vez para ser bien pronto sancionado como parte de la Constitución.

Si se piensa en que el nombre solo de federación era por esta época un espantajo para la mayoría de los neogranadinos, no puede uno menos que asombrarse de un cambio tan radical y tan rápido en las ideas. Sin embargo, el asombro baja de grado cuando se tiene en cuenta la gloriosa campaña que para ello realizó el Dr. Arosemena. "en una época en que todo se discute y en un país donde toda reforma útil es posible". En efecto, quién se atrevería a negar que es a sus artículos de El Pasatiempo y otros periódicos a los que se debe el triunfo "sobre la natural oposición que como él decía, engendra el hábito, y la desconfianza de ensayos sobre los que no se han formado opiniones fijas?". No sabemos por qué se nos ocurre que el golpe de gracia en el Senado de 1854 lo dio uno de los artículos del Dr. Arosemena, aquel sobre El Istmo de Panamá de la cual vamos a citar los siguientes párrafos competentes. (2)

"Sabéis muy bien que en política todo debe preverse, y que hay casos en que la prudencia de las naciones debe adelantarse a ciertos acontecimientos, por poco probables que éstos parezcan; y sabéis también que en los últimos años la atención del mundo, y muy particularmente la de algunas naciones poderosas, se fija con ahínco en aquellos puntos centrales del continente americano, a los que su interesante posición geográfica reserva altos destinos".

Estas notables palabras se encuentran en el Mensaje especial del Poder Ejecutivo, en que solicita del Congreso una misión diplomática para arreglar nuestros límites con el Estado de Costa Rica: palabras de una verdad indisputable, pero cuya extensa significación acaso no ha herido el pensamiento de los mismos

(1) Véase Justo Arosemena. Estudios Constitucionales, tomo II, página 42.

(2) Compelete es un neologismo necesario en la lengua y de genuina formación.

que las han pronunciado. La previsión del Gobierno y del pueblo granadino debe avanzarse hasta el día, incierto sólo en su fecha, pero indudable, natural y forzoso en la historia futura de la humanidad, en que el Istmo de Panamá sea un país independiente en su gobierno, como lo es en su posición geográfica.

Ese acontecimiento puede ocurrir pacífica o desastrosamente, y estamos aún en tiempo de prevenir grandes males innecesarios. Nosotros vemos algunas nubes de mal agüero, que apenas se alzan sobre el horizonte, y que el buen sentido, la prudencia y un tacto ilustrado pueden conjurar.

Desde que la provincia de Panamá estableció su sistema financiero en reemplazo de ciertas contribuciones nacionales indirectas suprimidas allí, los extranjeros mostraron frecuentemente repugnancia a pagar las contribuciones, y no pocas veces fue necesario emplear medidas rigurosas para obligarlos al pago. Su negativa se fundaba en diversos pretextos, y no han sido raros los casos en que, burlando a las autoridades los individuos sujetos a la contribución, han partido fuera del país, o han eludido el pago por cualquier otro medio.

Esta repugnancia u oposición ha tenido en realidad por base el sentimiento de nuestra debilidad, y de la fuerza de los gobiernos protectores de aquellos extranjeros, que en su mayor parte son ciudadanos de los Estados Unidos.

.....

Fácil es prever, según lo expuesto, que si no se adoptan pronto medidas serias, tendremos en el Istmo de Panamá la repetición de la historia de Tejas. Este territorio era, no hace mucho tiempo, una quieta provincia de Méjico; poco después, una colonización de norte — americanos; algo más tarde, una colonización sublevada por nacionales y extranjeros; en seguida una República independiente, y por último un Estado de la Unión Americana, cuyo gobierno y cuyos ciudadanos promovieron y auxiliaron activamente todas esas peripecias.

Nosotros vemos clara y evidentemente en el Istmo dos causas muy poderosas de trastornos y defección; la desesperación de los naturales, y el arrojo de los extranjeros. Estas dos causas han sido hasta hoy rivales, pero como no son en el fondo antagonistas, es posible que más tarde obren de consumo. Hoy es, por lo mismo, la ocasión de obrar: un poco después sería tarde.

El mayor mal que pudiera suceder a la Nueva Granada con respecto a un cambio político en el Istmo, no sería ciertamente su independencia absoluta, siempre que el gobierno granadino asegurase para la República ciertos beneficios. El grave, el inmenso mal, sería que el Istmo cayese en manos de los Estados Unidos; porque entonces toda la nación estaría amenazada de tan inquietos vecinos. Las minas del Chocó y Antioquia, las feraces tierras del Magdalena, los climas deliciosos del interior, serían sucesivamente objeto de su codicia.

Ahora bien, los periódicos norte-americanos, el New York Herald, que es como la bocina de aquel pueblo, han dicho dos o tres años ha, que los Estados Unidos necesitaban precisamente uno de esos terrenos de América Central, por donde se estrecha el Continente, y se franquea el paso de uno a otro Océano; pero que aún no se habían fijado en el lugar más conveniente. Concluído el ferrocarril de Panamá, como lo será dentro de seis meses, ¿puede dudarse que nuestro Istmo sea la tierra que merezca la especial predilección de los amos de la América?

Suponemos que nuestros lectores conocen la escena que actualmente pasa en la Baja California, y cuyo papel principal desempeña Mr. Walker. Este individuo, Coronel del Ejército de los Estados Unidos, invadió hace poco el territorio mejicano conocido con el nombre de Bajo California, a la cabeza de unos cuantos aventureros engachados en San Francisco, y como si aquel territorio fuese la isla desierta y desconocida en que las olas pusieron a Robison Crusoe, tomó posesión de él a su propio nombre y por la fuerza de su empuje, sin ceremonia, sin pretexto; y con la misma ingenuidad ha establecido allí una pequeña República independiente, sostenida por sus colegas, a quienes todo el mundo llama por su propio nombre de filibusteros, y a quienes no obstante los norte — americanos, en su mayor número, celebran aquella proeza, que se considera muy digna de repetirse en el Istmo de Panamá.

Es presumible que Inglaterra, Francia y las demás naciones poderosas de Europa se opusiesen a la conquista del Istmo en la forma que se ha hecho la de Baja California: pero quién, no sabe que el modo de hacer las cosas las vuelve de malas inocentes, y aún buenas! También se dijo que Inglaterra se opondría a la toma de Tejas por los Estados Unidos; pero esta gente que no tiene nada de tonta, empezó por revolucionar en secreto aquel país, y hacerlo declararse Estado independiente, que los norte—americanos sostenían de un modo simulado. Una vez independiente, Tejas era muy dueño de disponer de su suerte, y resolvió agregarse a los Estados Unidos. La misma farsa se está iniciando en Cuba, y otra parecida podrá muy bien representarse en nuestro Istmo.

Cuando las naciones fuertes de Europa vieran el mal encima, llevadas como siempre, de su espíritu de cálculo, propenderían a realizar la idea que sin duda ha pasado ya por más de una cabeza de las que dirigen los negocios públicos en dichos países: idea cuya realización desean acaso que se precipite, y que indudablemente es su único recurso para evitar que, posesionados los Estados Unidos del Istmo de un Estado independiente y aseático, bajo la protección común de todas las grandes potencias.

Nosotros creemos firmemente, que este es con toda probabilidad el destino final del Istmo; y si ha de ser contra la voluntad de la Nueva Granada, vale más que lo sea por su propia obra, con su beneplácito, y sacando oportunamente las ventajas que más tarde no podría obtener.

.....

Un acto de emancipación dictado espontáneamente por el Gobierno Granadino, reservándose ciertos beneficios y cediendo otros de los relativos al ferrocarril, sería pues, una medida prudente, sabia, altamente honrosa para la Nueva Granada, y útil para ella y para el Istmo.

Esperamos que estas ideas no se tengan como la expresión de nuestros deseos. Nosotros no apeteceamos precisamente la independencia del Istmo: tememos, sí, que se pierda para la Nueva Granada antes de seis años, y como patriotas, preferimos que ella asegure oportunamente ventajas que después serían imposibles. En la época actual los acontecimientos marchan con rapidez, y el que no los sigue y los aprovecha, en vez de intentar necliamente contrariarlos, queda burlado y perdidoso.

Mas si se quiere que el pabellón de la Nueva Granada flamée por algunos años más en el Istmo de Panamá, fuerza es adoptar inmediatamente el proyecto de acto reformatorio de la Constitución, que erige un Estado Federal en el Istmo de

Panamá, y que quedó pendiente en el Senado de 1852, después de haberse aprobado por una inmensa mayoría en la Cámara de Representantes.

Muchas de las consideraciones anteriores son aplicables a la idea de un estado federal, dependiente de la Nueva Granada en los pocos asuntos que constituyen rigurosamente la nacionalidad; pero hay otras adicionales, que merecen presentarse en su apoyo.

La enorme distancia del Istmo de Panamá a la capital de la República no permite obtener una contestación de la Provincia de Chiriquí en menos de cuatro meses, y es raro que se obtenga en ese tiempo de la de Veraguas. De aquí los siguientes resultados perniciosos a todas aquellas provincias: 1o. La administración general es tardía, y por lo mismo aquellos negocios en que tienen intereses las provincias o sus habitantes, y que se refieran a esa administración general sufren tal demora, que obligan a abandonarlos o a descuidarlos: 2o. Los remates de cualquier clase que se celebren en la capital, se hallan fuera del alcance de los habitantes del Istmo, que por tanto quedan excluidos de la comunidad granadina en semejantes negocios; 3o., Los asuntos judiciales que vienen a la Corte Suprema se retardan indefinidamente, y muy a menudo la falta de una hoja de papel sellado es causa de atraso por seis meses, mientras el papel se pide y viene; 4o. Las cuentas de los empleados se fenecen más tarde que las de los otros de la República; 5o. Los destinos de un orden nacional se proveen y permanecen provistos mucho tiempo en interinidad; 6o. Los negocios, vales o documentos de deuda, tan importantes para las provincias inmediatas a Bogotá, son imposibles y aún desconocidos para los habitantes del Istmo.

El aislamiento de aquel país, unido a la distancia, su topografía, su clima, sus relaciones mercantiles, y otras circunstancias análogas, han dado lugar a costumbres e intereses que no tienen nada de común con el resto de la República. Su legislación civil y penal demanda, por lo mismo, una reforma pronta y sustancial, en un sentido que acaso no convendría a otras provincias.

Pero hay más, el gobierno de las provincias del Istmo adolece de ciertos defectos inseparables de su mala división territorial. En un país lejano y despoblado, en contacto con pueblos osados y pretenciosos, la división en cuatro provincias pequeñas, separadas entre sí, que sólo tienen dependencia del Gobierno supremo, residente en Bogotá, ha traído consigo una administración local sumamente débil, ha colocado al frente de esas secciones insignificantes, que no tienen lazo de unión, autoridades sin fuerza, sin prestigio, y de que se burlan nacionales y extranjeros, concibiendo al mismo tiempo una tristísima de la Nación toda.

El territorio del Istmo necesita un Gobierno propio, superior e inmediato al de las pequeñas secciones en que se divide; un Gobierno que, sin matar el régimen municipal de las localidades, consulte las necesidades reales de todo el país, rechace pretensiones injustas, inspire respeto, y concentrando los recursos y fuerzas de ciento cincuenta mil habitantes industriales, pueda resistir a la vorágine que le amenaza.

Tal es nuestra profunda convicción hace algún tiempo. Conjuramos a todos los hombres públicos para que, desechando el espíritu de rutina, y dando un nuevo giro a sus ideas, se eleven a la altura que demanda la cuestión que hemos suscitado. Sobre todo, les rogamos que no la miren con indiferencia. Los momentos son preciosos, la suerte de muchos granadinos está seriamente comprometida, y ellos

aguardan de la filantropía y del patriotismo una mirada de compasión.

Disueltas de hecho, al golpe demoledor de Melo, las Cámaras que iban a atender consejo tan perentorio, "quiso el Congreso de Ibagué continuar la discusión del proyecto de Estado de Panamá — escribe el mismo don Justo —; pero ni los espíritus se hallaban dispuestos a ocuparse en asuntos que no tendiesen inmediatamente a la destrucción del poder intruso, ni había probablemente en la Cámara de Representantes todo el cúmulo de informes necesarios para desvanecer algunas dudas que despertaba el debate. Lo cierto es que el proyecto, después de algunas modificaciones, se suspendió hasta la reunión ordinaria del presente año (1855), y se mandó publicar por la imprenta. Las modificaciones introducidas por la Cámara de Representantes me persuaden de que, o no se ha comprendido la idea cardinal del proyecto, o no hay fe completa en su justicia y conveniencia. La publicación ordenada no puede tener otro objeto que excitar a la discusión, y no vacilo en corresponder a ese llamamiento, cuando se trata de esclarecer una idea que concebí hace cuatro años, que he perseguido casi constantemente desde entonces, y en cuyo triunfo veo fincado el bienestar posible de la tierra de mi nacimiento".

Hé aquí, pues, el génesis de una de las más patrióticas y mejor concebidas obras del Dr. Arosemena, publicada en Bogotá, Imprenta de Echeverri Hermanos, 1855, bajo el título de Estado Federal de Panamá.

Se trata de un estudio histórico — sociológico, realizado desde el más entusiasta punto de vista panameño, con el objeto de descubrir, desde sus primeras manifestaciones, la raíz de nuestra constante aspiración a la independencia. Desde las comarcas independientes de Poncha, Pocorosa, Comagre, Chepo y Tumanamá, Pariza, Natá, Chame y Chirú, hasta los establecimientos, también independientes, de Ojeda y Nicuesa, Balboa y Pedrarias; desde la colonia española sujeta sólo al gobierno de la Metrópoli, hasta las periódicas emancipaciones de 1821, de 1831 y 1841, todo ha sido considerado por su disciplinada inteligencia en una dirección constante, razonada y rotunda, hacia el federalismo. "Aún las comarcas en donde los indígenas eran más numerosos y formaban pueblos más considerables — dice — estaban divididas en diferentes nacionalidades, que con frecuencia se hacían cruda guerra. Si en tales circunstancias la codicia y la crueldad de los conquistadores no hubiesen llevado el exterminio por todas partes, sujetando las diversas naciones a un despotismo común; si en vez de abarcar y ceñir con un anillo de hierro las grandes masas de los Muiscas y Tundamas, Muzos, Paeces, Andaquíes, Turbacos y tantos otros pueblos distintos, se hubiesen limitado a reducirlos por la dulzura al suave yugo de la civilización, respetando sus diferencias locales, habrían iniciado desde entonces un sistema federal que no era desconocido en otras regiones de América, como se observó en Méjico".

Tal vez en este afán evidente de encaminarlo todo al propósito originario da Arosemena a las páginas de su obra un aire de parcialidad; pero nadie podrá desconocer la sinceridad que determinó el esfuerzo, el vigor de las argumentaciones, el considerable caudal de observación personal y el ardor de patriotismo que mana de toda ella. Y, en todo caso, cábele a su autor la honra de haber sido el primero y único panameño que ha estudiado, cifiéndose a un riguroso método sociológico e histórico, las causas de nuestras emancipaciones, y los orígenes de nuestro estado federal. Libro de concentración y de pensamiento, parece escrito para comprobar la tesis de E. de Boutmy, según la cual "las causas de una constitución política tiene su base, o muy lejos de nosotros, o más cerca de lo que parece a la generalidad". En el caso particular del Itismo de Panamá prueba, por lo menos, "la injusticia con que

se le ha mantenido sujeto al yugo central, y la indudable conveniencia de restablecerla en sus derechos usurpados, sin daño de la comunidad nacional a que pertenece" (1) "Quién hubiera dicho a Panamá en 1521 — pregunta el Dr. Arosemena — que habría de pertenecer a una entidad política, cuyo nombre puramente local y propio de ciertas regiones andinas aún no descubiertas, se impondrían quince años después a todo el país, incluso las riberas de ambos mares? ¿Quién hubiera dicho a Portobelo en 1510, que cuando se echaban sus cimientos nacía un hombre, destinado a fundar veintiocho años después en comarcas desconocidas entonces, una ciudad capital que habría de dominarla? ¿Y quién hubiera **sospechado** en el Istmo durante la primera mitad del siglo XVI, que la legislación de un **pueblo** esencialmente marítimo y mercantil, se dictara desde el corazón de **los Andes** a más de doscientas leguas distante del mar? (2) Y más adelante, **ocurriendo** al mismo recurso de las preguntas que no necesitan contestación, **porque** la tienen muy clara, escribe el autor del Estado Federal de Panamá: "No comunicándonos por tierra con las provincias granadinas limítrofes, y sí con nuestros vecinos de Occidente ¿parecería más racional que el Istmo hiciese parte de la Nueva Granada que de Centro — América, o que fuese tan independiente como cualquier otra de las actuales naciones de la América española? Tal es nuestro aislamiento — agrega — que toda suposición es igualmente natural, y si una gran catástrofe del Globo sepultase al Istmo en el Océano, y franquease así la navegación de Norte a Sur, el hecho no se haría notorio en Cartagena y el Chocó, sino cuando los marinos viesan sorprendidos que sus cartas hidrográficas no correspondían con la nueva configuración de las costas. Hoy mismo, cuando los volcanes de Centro — América sacuden fuertemente la tierra, la conmoción se hace sentir en todas las provincias istmeñas, pero rara vez atraviesa los ríos y las montañas que nos separan de las demás que siguen hacia el Oriente. La naturaleza dice que allí comienza otro país, otro pueblo, otra entidad, y la política no debe contrariar sus poderosas e inescrutables manifestaciones". (3) Esto debió tener en cuenta Colombia cuando Panamá, el centro del Universo, regenerado por sí mismo y libre por su propia virtud, según la expresión de Bolívar, quiso unirse a aquella gran nación "cuyo esplendor nos deslumbró y cuyo derecho sobre el Istmo era ninguno". como dice Arosemena.

"Al declarar que nos incorporábamos a aquella República — continúa éste — no fue por sentimiento de **deber** sino por reflexión, por cálculo y previo un detenido debate, que conocen muy bien los contemporáneos de nuestra independencia. Si en vez de unirnos a Colombia, hubiéramos tenido por conveniente constituirnos aparte ¿nos habría hecho la guerra aquella República? puede ser que los mismos a quienes parecía insoportable el derecho de la fuerza cuando lo ejercía España, lo hubiesen encontrado muy racional cuando lo hacía valer Colombia; pero no es la cuestión si había en América un pueblo bastante poderoso y bastante injusto para vencernos y anexarnos con la elocuente demostración del pirata: es la cuestión si el derecho independiente de la violencia, la facultad incontestable de disponer de nuestra suerte, la soberanía conquistada el 28 de Noviembre de 1821, estaban o no de nuestra parte. Pero tal es la inconsciencia de los hombres, que una simple alteración de fechas, de personas o lugares, cambia sus juicios, trastorna sus sentimientos, y desfigura en su alma los

(1) Justo Arosemena. Estado Federal de Panamá.

(2) Justo Arosemena. — Estado Federal de Panamá.

(3) Estado Federal de Panamá. — Página 25.

principios constitutivos de la moral y la justicia.

“Por lo demás, creo que no podrá cuestionársenos el derecho de poner condiciones a la Incorporación a Colombia; las impusimos y una de ellas fue que tendría el Istmo un Gobierno propio. En el lenguaje imperfecto de aquel tiempo, los términos en que se halla concebido el artículo 9o. del Acta de independencia, manifiestan bien a las claras, que se trataba de un gobierno distinto del nacional, y también del local ejercido entonces por los ayuntamientos: era en efecto la federación lo que se significaba (1) Desde entonces empezó una lucha constante entre nuestros intereses políticos y la indiferencia de los altos poderes nacionales, entre el federalismo de aquella porción tan excepcional y el centralismo que dominaba toda la República”. (2) Algunas fases de esta lucha que señala aquí el Dr. Arosemena y que luego estudia, con la más prolija documentación y con la más elevada altivez ciudadana, las hemos visto en los primeros capítulos de esta biografía, al tratar de la disolución de la gran Colombia y cuando estuvo en peligro de disgregarse la Nueva Granada. La voluntad de los istmenos de tener un gobierno propio y completo, con el menor sacrificio posible en obsequio de una gran nacionalidad, no puede ser más clara, según lo afirma nuestro autor. ¿Merece o no esa voluntad que se le consulte? — pregunta — “No hay en política — responde él mismo — otros principios de razonamiento que el filo del sable, la presunta voluntad de Dios, el respeto a la voluntad del pueblo es decir, fuerza brutal, autocracia, aristocracia y soberanía popular. Todos aquellos que condenen las indudables manifestaciones del pueblo, condenan su soberanía y más o menos implícitamente arguyen con alguno de los otros principios”. (3)

Lanzado este dilema terrible a la faz entera de la Nueva Granada, toma el Dr. Arosemena los argumentos de los anti — federalistas para irlos triturando uno a uno a golpe de razones y de justicia. Es en esta parte donde culminan la fuerza y el entusiasmo de su labor, la solidez y variedad de sus conocimientos constitucionales. Hé aquí cómo responde a los que tacharon de anómalo el proyecto de estado federal, porque establecía para una sección de la República una organización política especial, distinta de la general y común a las otras secciones: “Aquellos que piden simetría en las instituciones y en el gobierno, debieran considerar, que si ella se tiene como perfección en ciertos trabajos de arte, la naturaleza la rechaza en todas sus obras, y que las leyes, retrato fiel de las necesidades y de la naturaleza humana, no son más útiles cuando lo arreglan todo a guisa de jardín francés, que cuando a imitación de los sistemas planetarios, aparentan desorden, pero ocultan grandes miras a los ojos de sabios superficiales como el Rey don Alfonso. Nívelense primero las situaciones topográficas, los climas, las producciones, las industrias, las relaciones mercantiles, y por consecuencia los intereses de todos los pueblos y podrán entonces fabricarse, como si fuese en molde, leyes idénticas para todos ellos.

“Pretender que una región marítima, distante, aislada, sin punto alguno de contacto en su naturaleza física, moral e industrial con el resto de la Nueva Granada, como sucede al Istmo de Panamá, se rija por un gobierno idéntico al de las otras secciones prueba, cuando no ignorancia de su especialidad, espíritu mezquino y desconfiado.

(1) Decía así el artículo 9o.: “El Istmo, por medio de sus representantes, formará los reglamentos económicos convenientes para su gobierno interior, y en interín gobernarán las leyes vigentes en aquella parte que no digan contradicción con su actual estado”.

(2) Justo Arosemena. — Estado Federal de Panamá. Páginas 34 y 35.

(3) Justo Arosemena. — Estado Federal de Panamá, Página 42.

“Ya he tenido ocasión de decirlo. Abrase el mapa de la América, póngase en manos de un extranjero poco versado en la geografía americana, márquese el Istmo de Panamá, y pregúntesele a qué nación pertenece, o si más bien no cree que constituya un Estado independiente. Es muy probable que al observar su singular posición piense que no hace parte de los estados vecinos, pero a lo menos es seguro que no verá razón para conjeturar que corresponde a la Nueva Granada, si no son los colores que el artífice, más versado en el asunto, puso en el mapa con el designio de separar sobre el papel las diferentes nacionalidades.

“Si la República quiere, pues, como no hay duda, conservar la posesión del Istmo, se halla en el deber estricto de darle instituciones políticas, que le permitan marchar con desembarazo, sin obligarle a dirigir frecuentes solicitudes, que muchas veces no son atendidas, o lo son muy tarde, a medias y desvirtuadas por restricciones y cortapisas”.

Otra objeción que se anticipa Arosemena a refutar, y refuta admirablemente, es la de aquellos que podían creer que la especialidad del Istmo exigía una legislación secundaria particular, mas no gobierno, instituciones políticas distintas de las del resto de la Nueva Granada.

“Pero ¿quién expide esa legislación? Desde que se admite la necesidad de leyes especiales para un pueblo, está implícitamente reconocida la necesidad del sistema federal, o se incurre en los mayores absurdos”. Con trayéndose al Istmo, muestra Arosemena, descendiendo al terreno de los hechos, las graves consecuencias de que el Congreso de la Nueva Granada le dé sus leyes particulares, por medio de un Congreso que carece de interés en consagrarse a leyes de carácter local y carece así mismo de los conocimientos indispensables para legislar sobre un país que pocos de los que toman asiento en las Cámaras han visitado y mucho menos estudiado. Combate luego con argumentos incontestables la persuasión, muy corriente en aquella época y aun en nuestros días, de que la Constitución de 1853 había fundado el régimen municipal dándole una amplitud que no tenía y aun vida propia tomada de la fuente de los otros poderes.

Sobre este Código trae un juicio muy severo arreglado al propósito constante del estado federal, que más tarde, como hemos visto, hubo de corregir o suavizar un tanto, al escribir sus Estudios Constitucionales. “Casi todas nuestras Constituciones dice aquí — han sido obra de un partido victorioso, y por lo mismo han tenido por antagonista en el cuerpo constituyente, un partido en minoría. Esta circunstancia, que las ha hecho reaccionarias, les ha comunicado también cierta armonía y unidad de plan. Tan sólo la de 1853 forma excepción y ofrece la singularidad de ser el resultado de tres partidos luchando sobre la misma arena. El radical quería que la reforma fuese del todo acorde con sus ideas, y de éstas unas se referían al Poder Ejecutivo, y otras eran ajenas de esta rama del gobierno.

El partido conservador hasta 1849, era ahora de oposición y pretendía: 1o. reducir a justos límites las grandes facultades del Poder Ejecutivo, que se ingería demasiado en el Legislativo y en el sistema electoral; 2o.) recobrar su ascendiente por medio de una nueva organización del sufragio. En su primer objeto tenía por colaboradores a los radicales; en el segundo no le hostilizaban, porque sinceros y consecuentes, querían la República, quien quiera que gobernase. El partido ministerial defendía las prerrogativas del Poder Ejecutivo, y en el fondo era adverso a la reforma; contrariaba al conservador en sus dos pretensiones, y se le unía contra el radical en ciertas cuestiones en que ambos eran estacionarios. De este palenque salió

la Constitución de 1853

“Unidos en un solo objeto los partidos conservador y radical, fijaron en él de preferencia su atención, y discuidaron hasta cierto punto lo demás. De aquí que la Constitución no haya sido perfecta, sino en cuanto garantiza la independencia del Poder Legislativo de la urna electoral; todo lo que eso no sea abunda en vacíos, errores y contradicciones. Porque los dos partidos generadores de la Constitución, aunque por distintos motivos, no han visto su obra sino como de transición. El uno esperaba subir al poder para retocarla según los principios conservadores. El otro franquear la discusión y garantizar la conciencia de los legisladores, para arribar gradual y completamente a las ideas radicales”. (1)

Como obra de transición, el Código de 1853 era un término medio entre la federación y el centralismo y, según don Justo, no puede haber término medio entre estas dos formas de gobierno. Por eso al entrar éste de lleno en su pensamiento, que es el Estado Federal de Panamá, critica las modificaciones introducidas al proyecto y concluye por indicar que al erigir aquél debe declararse su soberanía a que tiene perfecto derecho, y en seguida establecerse las necesarias restricciones en obsequio de la nacionalidad. Esas restricciones consisten en reservar al Gobierno nacional ciertos negociados, que no deben ser sino los siguientes: las relaciones exteriores, la hacienda nacional con ciertas limitaciones, el pabellón y el escudo de armas, lo relativo al ferrocarril de Panamá, la fuerza pública empleada en la guerra y la metrología oficial

“Al resolver esta cuestión de cuyo resultado están pendientes granadinos y extranjeros—concluía dirigiéndose a los Representantes— no se mire sino como especialmente istmeña. Dar entrada a consideraciones ajenas de la suerte del Istmo, sujetar a un mismo paso al buey y al ciervo, rehusar la necesidad emancipación de aquel territorio por temor de que su ejemplo seduzca a las otras secciones, que se desea mantener unidas al yugo central, envuelve una doble injusticia, que no sería excusable en los representantes de la Nueva Granada: la de perjudicar inútilmente a una sección, que no es sino miembro de una sociedad política, y ahogar por medios tortíceros la voz de la nación, de que no deben ser sino ecos. Siga enhorabuena la combinación centro—federal, que para mí no tiene las ventajas del uno ni del otro sistema, y que como todas las transacciones, sacrifica los derechos de ambas partes; siga para el resto de la Nueva Granada, si le conviene y lo desea. Pero el Istmo de Panamá, que en nada se parece a las otras comarcas granadinas, quiere porque lo necesita, que su territorio reciba una organización distinta, una organización netamente federal, que no le haga por más tiempo onerosa la dependencia al Gobierno Superior de otro país: dependencia aceptable, útil y honrosa, si no ataca sus derechos y sus intereses; pero altamente injusta e intolerable, si compromete los beneficios que el Gobierno está destinado a producir, en donde quiera que un puñado de hombres se reúnen para llenar sus grandiosos destinos sobre la tierra”.

El 1o. de Febrero de 1855 salió a la luz pública El Estado Federal de Panamá por Justo Arosemena y el 27 del mismo mes el Congreso expedía el “acto adicional de la Constitución”, que comenzaba con este artículo: “El territorio que comprende las provincias del Istmo de Panamá, a saber, Panamá, Azuero, Veraguas y Chiriquí, forma un estado federal, soberano, parte integrante de la Nueva Granada, con el nombre de Estado de Panamá”. (2)

(1) Justo Arosemena. Estado Federal de Panamá pág. 52.

(2) Los demás artículos de ese acto constitucional son los siguientes:

Artículo 2o. Los límites del Estado por el Occidente serán los que en definitiva se tracen entre Nueva Granada y Costa Rica. Una ley posterior fijará los que deban dividirlo del resto del territorio de la República.

Artículo 3o. El Estado de Panamá depende de la Nueva Granada en los asuntos que aquí se mencionan:

- 1o. Todo lo relativo a las relaciones exteriores;
- 2o. Organización y servicio del ejército permanente y de la marina de guerra.
- 3o. Crédito nacional;
- 4o. Naturalización de extranjeros;
- 5o. Rentas y gastos nacionales;
- 6o. El uso del Pabellón y Escudo de Armas de la República;
- 7o. Lo relativo a las tierras baldías que se reserva la Nación;
- 8o. Pesos, pesas y medidas oficiales.

Artículo 4o. En todos los demás asuntos de Legislación y Administración, el Estado de Panamá estatuye libremente lo que a bien tenga por los trámites de su propia Constitución.

Artículo 5o. No obstante lo dispuesto en el párrafo 5o. del artículo 3o., el sistema de aduanas podrá restablecerse en el Estado de Panamá sin la aquiescencia de su propia legislatura.

Artículo 6o. Para el servicio público en los negociados que la nación se reserva por el artículo 3o. la ley o el Poder Ejecutivo en su caso, establecerán en el territorio del Estado de Panamá los empleados necesarios. El Jefe Superior de dicho estado podrá ser designado como agente del Gobierno nacional en dicho territorio para el despacho de los mismos negociados, en el manejo de los cuales es responsable, del mismo modo que los gobernadores de las provincias en el resto de la República.

Artículo 7o. El Poder Ejecutivo Nacional convocará una Asamblea Constituyente de los pueblos que forman el Estado de Panamá, compuesta de treinta y un miembros los cuales serán elegidos por las actuales provincias del mismo modo que los Representantes al Congreso, y en el número que toque a cada uno, según la distribución que haga el Poder Ejecutivo en proporción a su población. La instalación de la Asamblea tendrá lugar el día 15 de Julio del presente año en el lugar del Istmo que señale el Poder Ejecutivo, y podrá efectuarse con las cuatro quintas partes de los miembros que le corresponden.

Artículo 8o. Instalada que fuere la Asamblea Constituyente, designará un ciudadano para que ejerza provisoriamente el Poder Ejecutivo del Estado, mientras se promulga la constitución y es elegido y posesionado el Jefe Superior propietario.

Artículo 9o. El Estado de Panamá enviará al Congreso de la Nueva Granada los Representantes que según la base general, de población adoptada por la Constitución general de la República, hubieren de corresponder a aquel territorio considerado como una sola provincia mientras la Constitución y las leyes de la República no dispongan otra cosa: el número de Senadores por dicho Estado será de tres. Las disposiciones adjetivas para la elección de unos y otros funcionarios serán de competencia del Estado de Panamá.

Parágrafo. Las elecciones de Presidente y Vicepresidente de la República, Procurador General de la Nación y Magistrados de la Corte Suprema de Justicia que se hagan en el Estado de Panamá, son de la competencia del Estado General.

Artículo 10. Sean cuales fueren las variaciones que en lo sucesivo pueda sufrir el presente acto legislativo, y las consiguientes disposiciones de la Constitución que expida la Legislatura Constituyente del Estado de Panamá, en ningún caso podrán alterarse los derechos que la República se ha reservado sobre las vías de comunicación Interoceánica. Los productos y beneficios que la República debe obtener en virtud de tales derechos quedan irrevocablemente destinados a la amortización de la deuda nacional.

Artículo 11o. Cédense al Estado de Panamá ciento cincuenta mil hectáreas de las tierras baldías que existan dentro de sus límites, sin comprender las que han debido recibir conforme a la ley las cuatro provincias.

Artículo 12o. Una ley podrá erigir en Estado que sea regido conforme al presente acto legislativo, cualquier porción del territorio de la Nueva Granada. La ley que contenga la erección de un Estado tendrá la misma fuerza que el presente acto de reforma constitucional; no pudiendo ser reformado sino por los mismos trámites de la Constitución.

Parágrafo. El presente artículo no hace extensivo al nuevo Estado lo dispuesto en el artículo 5o. con relación a aduanas, que es solamente aplicable al Estado de Panamá.

Artículo 13o. Todos los granadinos gozarán en el Estado de Panamá de los derechos, garantías y beneficios que por la Constitución y las leyes del mismo Estado se conceden a los nacidos en su territorio.

En este acto legislativo, del todo ceñido a los principios proclamados y tan valientemente defendidos por el doctor Arosemena, los asuntos correspondientes al gobierno general quedaron reducidos a ocho, y al poder seccional se le concedió, entre otras cosas, plena autorización para reglamentar todos los ramos de la legislación civil, penal, comercial, de procedimientos, de policía, etc., y hasta para organizar un ejército propio. (1)

La reforma abría al mismo tiempo de par en par las puertas al sistema federal, pues el artículo 12 establecía que una ley posterior podía erigir en estado cualquier porción del territorio.

Hé aquí por qué, organizado el Estado de Panamá en 1855, al año siguiente fue sancionada la ley que creaba el Estado de Antioquia, y en 1857 las que creaban los de Santander, el Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Bolívar y Magdalena, con lo cual vino el Gobierno de la República, regido aún por la carta de 1853, a ser un gobierno centro - federal. Esta situación anómala en que la regla y la práctica se mantenían en disparidad manifiesta, fue pronto notada por los políticos y corregida por las Cámaras legislativas de 1858, que dieron al Estado una nueva organización, adaptada a las circunstancias. Sobre esta organización y su carta constitutiva habremos de volver más adelante, al estudiar la parte que en ella pudo corresponder al Dr. Arosemena, ligado por convicción y por principios al federalismo que surgió.

Artículo 14o. En caso de adoptarse por la República una reforma de la Constitución en el sentido federal, el Estado de Panamá queda incluido en todas las disposiciones de la confederación con respecto a los negocios de la competencia general, con tal que ellas no restrinjan las facultades concedidas a dicho Estado por el presente acto constitucional.

Artículo 15o. Transitorio. Los actuales Senadores y Representantes de las provincias del Istmo, continuarán hasta concluir su período.
Dado en Bogotá, a 27 de Febrero de 1855.

El Presidente del Senado, Pedro Fernández Madrid.
El Presidente de la Cámara de Representantes, T. C. de Mosquera,
El Secretario del Senado, Juan Esteban Zamarra.
El Secretario de la Cámara de Representantes, Manuel Pombo.
Bogotá, a 27 de Febrero de 1855 -- (L. S.) Ejecútese y publíquese.
El Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo, José de Obaldía.
El Secretario de Gobierno, Pastor Ospina.
El Secretario de Hacienda, José María Plata.
El Secretario de Guerra, P. A. Herrán.
El Secretario de Relaciones Exteriores, Cerbeleón Pinzón.

(1) Véase José de la Vega. La Federación en Colombia, pág. 205.